

MIL AÑOS DE
COMPOSTELA

SERIE DECIMA
CAPITULO I

LOS CONDES LOCOS

ENSOBERBECIDOS POR SU TRIUNFO SOBRE LAS MILICIAS POPULARES, LOS NOBLES COMETIERON UNA SERIE DE IMPRUDENCIAS Y DESATINOS

Lograron también la victoria sobre las fuerzas teocráticas

Por VICTORIA ARMESTO

DE ordinario se dice que todo país recién salido de una guerra civil entra en un período de calma, sosiego y aplanamiento, el cual dura por lo regular tanto como la generación que conoció los horrores de la etapa anterior.

Esta regla falló en Galicia. Sofocado el último foco «irmandiño» con la muerte de los defensores de La Lanzada, reducido nuevamente el pueblo al estado de servidumbre, obligados los rebeldes villanos a reconstruir las odiadas fortalezas, no solo no vino la paz a Galicia, sino que aún se recrudeció la violencia.

Ensoberbecidos por su triunfo sobre las milicias populares, los barones gallegos dieron en creer se invencibles y cometieron una serie de imprudencias y desatinos que justifica el que, siguiendo a Alvaro Cunqueiro, les llamemos «los condes locos».

Por otra parte muchos de estos «condes locos» eran muy patriotas y con su engrandecimiento personal buscaban también el de Galicia.

Yo incluso sospecho que, en el momento de su máxima euforia, Pedro de Sotomayor consideró posible reconstruir en toda su primitiva integridad el estado gallego otra vez encajado en sus límites históricos: del Cantábrico al Douro. De ahí vendrían los coqueños, las maquinaciones y la política pro portuguesa.

LOS PRINCIPALES NOBLES

El conde de Lemos, que, a pesar de su origen leonés, se sentía heredero por matrimonio de la grandeza de los Castro, se obstinaba en mirar hacia el Viero como hacia una huerta propia.

Los principales nobles de Galicia después de la gran guerra «irmandiña» eran los siguientes: Pedro Alvarez Osorio, conde de Lemos, hombre ya viejo, viudo de doña Beatriz de Castro.

Diego de Andrade, VII Señor de Puentevedume, Ferrol y Villalba, quien al casarse con María das Mariñas extendió sus dominios hasta La Coruña.

Pedro de Sotomayor, «Pedro Madruga», azote de los Irmandiños y señor de la Galicia meridional.

Suero de Sotomayor, pariente de Pedro, hijo del ex-embaixador ante el Gran Tamerlán de Tartaria y de su segunda mujer Leonor de Mendoza.

Lope Sánchez de Moscoso, señor de la casa de Altamira cuya divisa era una cabeza de lobo.

Sancho Sánchez de Ulloa, tío de Lope, por matrimonio señor de la casa de Monterrey.

Pedro Pardo de Cela, que se hizo el amo de Vivero y Mondoñedo al casarse con Isabel de Castro, hija del conde de Lemos.

Lemos hubiera podido convertirse en un poder moderador capaz de frenar los ímpetus alocados de los demás nobles, jóvenes por lo regular y sin experiencia política, pero la lucha contra los «irmandiños» había prestado al conde un antipático carácter revanchista y más que apaciguar los ánimos hacía todo lo posible por excitarlos.

Como símbolo de su victoria sobre el pueblo gallego, Lemos mandó grabar en su escudo el blasón de un pie apagando una tea.

DIVERGENCIAS DE LOS NOBLES Y LOS OBISPOS

Después de haberse desembrizado del incómodo elemento irmandiño, las divergencias comenzaron a expansionarse hasta que bien pudo decir como don Quijote: «Con la Iglesia hemos topado, Sancho».

Los obispos gallegos, al revés que el bajo clero simpatizante y auxiliador del pueblo, se habían definido del lado feudal, pero aunque los obispos y los señores estaban muy de acuerdo a la hora de luchar contra las «irmandades», las divergencias surgieron después de la victoria.

Con algún asombro los barones feudales advirtieron que los obispos pretendían extender sus dominios y transformar Galicia en un estado teocrático.

La coexistencia era, pues, muy difícil y el choque a la larga inevitable.

DON DIEGO DE MUROS

Principales figuras de la Galicia eclesiástica eran don Alonso de Fonseca II, arzobispo de Santiago de Compostela, y don Diego de Muros, obispo de Tuy.

Espero que la interesante personalidad de don Alonso de Fonseca II haya quedado fijada en el capítulo anterior.

En cuanto a don Diego de Muros conviene no confundirle con otro segundo don Diego de Muros, que hizo un papel brillante en Trento y algo menos brillante como administrador del gran hospital de Compostela.

En realidad hay varios personajes gallegos que se llaman Diego de Muros en el curso de un siglo, y son tan difíciles de reconocer y de distinguir como los Santiagos Alfonsos Zehedeos el Mayor y el Menor.

Los eruditos se preocupan mucho de las genealogías de los distintos Diego de Muros. Este que ahora nos ocupa fue, según algunas versiones, secretario del arzobispo Medoza y en el año 1429 le acompañó a Valladolid. Don Lope —ya lo he contado— iba a felicitar a don Alvaro de Luna en ocasión de su vuelta al poder; aprovechando aquella ocasión su joven secretario, Diego de Muros, se quedó entonces en Castilla considerando muy razonablemente que allí haría mejor carrera.

Si en el año 1429, don Diego de Muros tenía 20 años, en el 1471 tendría 62.

FONSECA QUIERE RECOBRAR LOS DOMINIOS ECLESIÁSTICOS

Don Alonso de Fonseca II se consideró obligado a recobrar para el apóstol Santiago aquellas tierras fortalezas y dominios que, en tiempos antiguos, había poseído la santa Iglesia de Compostela.

Fonseca II obraba indudablemente movido por su piedad, ya que él mismo era una persona muy rica y no necesitaba para nada lucrarse con el patrimonio apostólico.

Los antiguos dominios eclesiásticos compostelanos estaban ahora en manos de los barones feudales, que no se manifestaron dispuestos a cederlos.

Era en vano apelar a sus sentimientos piadosos; no los tenían. Fonseca II decidió actuar «manu militari».

En vez de licenciar al ejército mercenario, del que se había servido para abatir a los «irmandiños», el arzobispo lo retornó y puso al frente a su hermano joven Luis, de Acevedo.

Acevedo mantenía en pie de guerra a dos mil hombres y a cien jinetes dispuestos a caer sobre el primer feudal que se atreviera a reconstruir aquellas fortalezas que Fonseca reivindicaba como propiedad del Apóstol Santiago Zebedeo.

Entre estas fortalezas en litigio se contaban las de Mexía y de Vimianzo que, a la sazón, no eran sino montones de piedras, ya que habían sido deshechas por los «irmandiños».

Las mesnadas arzobispales se apoderaron de estas ruinas y, con gran escándalo por parte de los señores feudales, iniciaron su reconstrucción.

Mexía formaba, en efecto, parte de los dominios históricos del Apóstol Santiago, pero había sido cedida por el complaciente don Lope de Mendoza a una de sus sobrinas que se casó con un señor de Suevos.

Las reivindicaciones episcopales respecto a Vimianzo estaban posiblemente fundadas en razones de índole moral. Allí Fonseca II había pasado dos años de su juventud como prisionero del

feroz Bernal Yáñez, quien le metió primero en una jaula y luego en una chimenea. Al sacarle la fortaleza a los Moscoso, Fonseca II se sacaba también una espina.

El arzobispo de Compostela se sentía ahora bastante fuerte como para presentar batalla al Lobo de Moscoso. Este señorío feudal era el que más le inquietaba, en razón de la proximidad de los respectivos dominios

- - - -

LOPE DE MOSCOSO

Príncipe adorado de la Galicia feudal, Lope de Moscoso era un chico un poco gordo, algo indolente, más inculto de lo normal entre los nobles de su tiempo, y que por su juventud y por su orfanidad, y por ciertas cualidades de su carácter, resultaba muy simpático.

Lope era sobrino del señor de Andrade y del de Monterrey, que entonces le querían mucho.

De niño, y según ya conté anteriormente, había sido elevado al señorío de la casa de Altamira y Moscoso por voluntad de sus capitanes, gentes de una gran lealtad.

Finalizada la gran guerra «irmandiña» el joven señor de Altamira y Moscoso se vio precisado a acampar en la calle como un gitano.

Lope tenía muchísimos castillos, pero todos habían sido destruidos por los «irmandiños». Reconstruirlos era imposible por que se lo había prohibido el arzobispo de Santiago de Compostela.

En un principio ni Lope ni sus capitanes se atreverían a moverse; Lope dormía en una tienda de campaña en la casa de alguno de sus vasallos y estaba más o menos resignado a seguir en tan anómala situación, pero una vez que Fonseca II se apoderó de Vimianzo e inició la reconstrucción del castillo, los capitanes de la casa de Moscoso, Martíz de Barbeira, García de Castela y Alvarez de Carantona, acusaron el golpe que les extraía de su pasividad.

Los capitanes decidieron no hacer caso de las amenazas de Fonseca II y levantar todas las fortalezas de su señorío, comenzando por la principal que era la de Altamira, situada en San Félix de Brión, Negreira.

Los capitanes estaban dispuestos a luchar contra las tropas eclesiásticas si era necesario.

Una noche —se desconoce la fecha exacta— Martíz de Barbeira, acompañado por un centenar de peones, se metió en las ruinas de Altamira y tan afanosamente trabajaron que por la mañana ya podían defenderse detrás de un muro bastante alto.

RECHAZADO UN ATAQUE DE LAS FUERZAS DE FONSECA

El arzobispo Fonseca II, enterado del desatado, despachó a sus mesnadas hacia Negreira. Las mandaba Esteban de Xunqueiras, nieto de Payo de Sotomayor y de la ex-pupila del gran Tamerlán de Tartaria.

Aunque las gentes del arzobispo eran más de dos mil y los defensores de Altamira apenas si llegaban a cien, y los primeros estaban bien pertrechados y los segundos no tenían otras armas que las piedras dejadas por los «irmandiños», era tal la valentía de los vasallos del joven Lope de Moscoso que en dos horas de lucha hirieron a más de sesenta atacantes; uno de los heridos fue el propio Esteban de Xunqueiras, quien, perseguido por las piedras y por unos lacos que no me atrevo a reproducir, pero que harían las delicias de don Camilo José Cela, inició la retirada.

Visto el éxito del primer intento, los capitanes de Moscoso emprendieron la reconstrucción de otros dos castillos, Cira, en la margen izquierda del río Ulla y Mens, el último para subyugar

a la villa de Malpica, que era de Fonseca II.

LOS FEUDALES ACUDEN EN AYUDA DE MOSCOSO

Al desafío de Moscoso respondió el arzobispo mandando sobre Altamira a su hermano Luis de Acevedo con un ejército de cinco mil hombres.

Frente a la torre mutilada de los Moscoso, Acevedo montó dos trabucos que disparaban noche y día.

La situación de los defensores era desesperada. Lope de Moscoso pidió ayuda a todos los barones feudales de Galicia. Le respondieron, poniéndose en camino con sus mesnadas, sus tíos Andrade y Monterrey, así como los señores de Sotomayor. Lemos se quedó en casa, pero envió, en auxilio de Moscoso, doscientas lanzas.

Los feudales montaron su cuartel general en el castro de Aguapepada, a dos leguas de Santiago de Compostela. Tenían un ejército de cinco mil hombres y trescientas lanzas. Otro tanto tenía Fonseca II, pero los del Arzobispo estaban mejor armados. Reciente aun la gran guerra «irmandiña», los señores feudales estaban económicamente humillados.

Su pobreza les impedía confiar; en cambio Fonseca II se aseguraba de antemano el triunfo. Sus cinco mil soldados habían sido divinamente equipados y para vencer no les faltaba nada —excepto las ganas de luchar.

Desde el castro de Aguapepada, los señores feudales mandaron un recado insolente al arzobispo, asegurándole que «mejor le sería no ver aquello de lo que eran capaces».

A la insolencia Fonseca II respondió con un desplante: «por todos ellos no dejaría de hacer sus fechos».

FONSECA HUYE A PADRÓN

Azuzado por esta respuesta, Diego de Andrade —que era de natural violento— quiso lanzarse al ataque; le contuvo Gómez Pérez das Mariñas recordándole que aún no había llegado Pedro de Sotomayor.

Al día siguiente apareció Sotomayor precedido por dos trompeteros y con una escolta de 30 jinetes y 400 peones.

Saludó con estas palabras: —Parientes y amigos, tales bodas como estas no era razón que se hiciesen sin mí.

—Este era el hombre por quien yo esperaba —suspiró el viejo señor de Suevos.

—No le guardaremos por viejo —marcó con una cierta guasa Diego de Andrade.

Y todos los señores a uno arremetieron contra el arzobispo Fonseca II, que, no pudiendo resistir la acometida conjunta de las diferentes mesnadas, huyó a Padrón.

La batalla de Altamira tuvo lugar el 13 de junio de 1471.

ERROR ESTRATÉGICO DEL ARZOBISPO

El arzobispo cometió un grave error estratégico, que fue dividir sus fuerzas. Mientras él, con el grueso de su ejército, se oponía a la coalición señorial, su hermano Acevedo, al frente de unos batallones de reserva, aguardaba en el Puente Maceira sobre el Tambre.

Una vez que ya Fonseca había sido derrotado acudió Acevedo con sus reservas, pero «como vio huir a su hermano echó él también a huir».

Su alférez, Alvaro S. de Avila, que había sido alcalde de Rochaforte y que, si no me equivoco, mandaba en aquella fortaleza cuando tuvo lugar el triste episodio del que fue víctima aquella niña que había ido al monte a buscar leña, quedó en el campo totalmente solo.

Avila tenía en sus manos el pendón de Santiago Apóstol. Todos los feudales le atacaban para quitarle el pendón. Le hirieron en la cara y en las manos,

le hubieran matado de no estar enfundado en hierro. Al fin intervino en su favor Diego de Andrade, quien se llevó al alférez mayor del arzobispo a Puentevedume y al fin le concedió la libertad.

Los señores se apoderaron del pendón de Santiago. Días más tarde lo depositaron ante el altar mayor de la catedral Jacobea.

También robaron la tienda del arzobispo Fonseca II. Luego, muy satisfechos por el resultado de su campaña, cada señor «se fue a folgar a su casa».

«LAS TORRES DE ALTAMIRA»

Principal promotor de todas aquellas luchas y desórdenes, Lope de Moscoso se retiró a Altamira, donde mandó levantar una torre de tres cubos y luego, como una le parecía poco, edificó seis.

Desde entonces el principal palacio de los Moscoso fue conocido con el nombre de «las torres de Altamira».

La historia posterior a esta fortaleza la conozco a través de don César Vaamonde Lores, quien a su vez la conoció a través de un erudito local, don Benigno Becerra Armesto, autor de la leyenda «Las torres de Altamira».

Según el señor Becerra Armesto, las torres y el palacio adosado a las mismas se mantuvieron en relativo buen estado hasta el año 1872.

Fue entonces cuando los descendientes de los Altamira, para pagar deudas, decidieron enajenar sus bienes en Galicia. La iniciativa partió del señor Ruiz Arana, andaluz casado con la duquesa de Baena, quien se desplazó personalmente a Galicia y le vendió las torres de Altamira a un gallego-americano.

Tal decisión tuvo un carácter unilateral que, según las mismas declaraciones del señor Becerra Armesto, disgustó a la duquesa de Medina de las Torres, cuñada del señor Ruiz Arana.

La duquesa se quedó con el monasterio de San Lorenzo en Santiago de Compostela y lejos de venderlo lo restauró e hizo un panteón para sí y para sus hitos los duques de Terranova.

Fue en este palacio, antiguo solar de los Altamira, donde se alojaron recientemente los reves de los belgas, Balduino y Fabiola.

CONTINUA LA DEMOLICION

El emigrante gallego que había comprado las torres de Altamira al señor Ruiz Arana aprovechó parte de la piedra para construirse una casa.

Más tarde el cardenal Paya (el mismo que el día 28 de enero de 1879 fue despertado a media noche por el pladadísimo albañil señor Nartallo, quien le notificó que don Antonio López Ferrero había redescubierto los huesos del Santo Apóstol Santiago en la catedral) compró las torres de Altamira al emigrante gallego que tal vez, gastado su dinero, se volvió a Cuba.

El cardenal dispuso que continuase la demolición empleando los materiales en restaurar la iglesia de Brión y en reedificar la capilla parroquial y la de Santa Minia. Un lienzo del palacio y una torre, que, en opinión del señor Becerra Armesto, era igual a la de Villaba fueron derribados por el administrador del cardenal.

El resto fue adquirido, ya en el año 1885, por otro gallego-americano que para fabricar un cobertizo para su carro desbotó la famosa capilla de los reyes magos, donde estaban los enterramientos y los panteones de los señores de Altamira y Moscoso.

Después de recibir las noticias que por carta le transmitía el señor Becerra Armesto, don César Vaamonde Lores no pudo evitar el comentario amargo: «Podrán mis lectores juzgar del grado de cultura de aquellas personas y de las que consistieron sin protesta tamaños desfa-

ros» (Vaamonde Lores. Gómez Pérez das Mariñas y sus descendientes, La Coruña 1917, págs. 109).

CONQUISTA DE VIMIANZO

Al año siguiente, 1472, los barones feudales se confederaron de nuevo para combatir contra las fuerzas teocráticas.

Preocupa en primer término a los feudales la recuperación de las dos fortalezas perdidas, Vimianzo y Mexía.

La conquista de la primera se facilitó mediante el valor heroico de un escudero que, desafiando las balistas de los sitiados, llegó hasta las mismas puertas del castillo y las cortó.

(Se conserva en buen estado el castillo de Vimianzo, en parte gracias a los desvelos del erudito don Evaristo Martelo Paurman. Marqués de Almeiras, descendiente lejano de Xoan de Andreiro, quien lo heredó y lo restauró a fines del siglo pasado.)

Habiéndose ya apoderado de su fortaleza, Lope de Moscoso —que pretendía vengar un antiguo agravio— dió órdenes para que ahorcasen a un tal Fernando Gínzo. Este invocó en su ayuda a la Virgen de Guadalupe, cosa que divirtió mucho a los impíos señores feudales.

Burlándose del pidoado Fernando Gínzo le llevaron hasta el campo de la horca, pero, cuando ya le habían colgado, se rompió la cuerda y el «ahorcado» aprovechándose de la confusión huyó al monte y desde allí fue hasta el santuario de Guadalupe, donde se quedó un año entero.

Cuando Fernando Gínzo regresó a Vimianzo dice Vasco La Aponte que hablaba un poco ronco «y andaba estragado de la cordao».

EL SITIO DE MEXIA

Victoriosos en Vimianzo «los señores feudales acudieron a Mexía donde el arzobispo Fonseca II había metido a su mejor gente.

El sitio de Mexía duró dos meses, y los señores nunca hubieran podido tomar una fortaleza tan bien defendida si el ingenioso don Pedro de Sotomayor no hubiera discurrido desviar el río —que es el Samo, un afluente del Tambre— de curso y cegar la fuente.

Como se morían de sed, los defensores tuvieron que rendirse.

La conquista de Mexía desmoralizó a las fuerzas eclesiásticas. Y Fonseca II llegó a la conclusión de que le era mejor pactar con las fuerzas feudales.

Mexía había sido defendida tan a conciencia que se mantuvo intacta hasta el año 1858. Pero dos años más tarde, en 1860, estaba destruida. Se supone que por la mano del hombre. En la actualidad se conservan unas ruinas cubiertas de hiedra.

El éxito de su segunda campaña convenció a los barones feudales de que, eran, en efecto, invencibles.

Habían vencido primero a los «irmandiños», habían vencido después a las fuerzas teocráticas... ¿Dónde estaba el poder capaz de frenar su tremenda energía?

Muy lejos, tras las montañas

del Cebrero, estaba Castilla, y en Castilla había un rey sin voluntad que un día se humillaba hasta admitir que su hija era hija de otro y que al día siguiente, de algún modo revitalizado su decadente espíritu, repetía lo que posiblemente era cierto: la princesa Juana era su hija ilegítima.

LOS FEUDALES SE HACEN CONDES Y MARISCALES

En estas cuestiones los gallegos aún no se metían por el momento; la Galicia feudal estaba ensimismada estudiando sus propias hazañas y cargándose de títulos nobiliarios.

Sin pedirle permiso a don Enrique IV o pedirle dote de una forma muy disimulada, los barones feudales se hicieron condes y mariscales.

Lope de Moscoso se convirtió en el conde de Altamira; su tío Sancho de Ulloa, en el conde de Monterrey; Pardo de Cela pasó a ser el mariscal don Pedro, y Gómez de Sotomayor, el mariscal don Suero.

En la elección de título como en tantas otras cosas, Pedro de Sotomayor, el principal vencedor de los «irmandiños», reveló de un modo claro y fehaciente sus tendencias y nostalgias portuguesas.

Pedro de Sotomayor se convirtió en el conde de Camiña o Camiña, un título que, en opinión de algunos historiadores, se le concedió por el propio rey portugués don Alfonso V.

En medio de esta zarabanda de títulos, Diego de Andrade mantuvo la compostura.

—No quiero ser conde de lo mio —respondió soberbio cuando le instaban a fin de que siguiera el ejemplo de los otros.

La exaltación de la Galicia feudal llegó a su punto límite el día de los esposales de Lope de Moscoso con doña Constanza das Mariñas, la hija segunda del señor de Suevos.

A la ceremonia de la boda, que fue como el canto de cisne del feudalismo gallego, asistieron todos los condes y todos los mariscales que aún no se habían peleado entre sí.

Constanza, que era una mujer muy guapa y temperamental, parecía encantada.

Lope de Moscoso llegó a Betanzos, que fue donde posiblemente se celebró su boda, rodeado de sus fieles capitanes, de 12 pajes, 30 escuderos, 70 peones y un par de trompetas.

PROXIMO CAPITULO:
CONSTANZA DAS MARIÑAS SE DIVORCIA DE LOPE DE MOSCOSO DICIENDO QUE ES IMPOTENTE. EL ESCANDALO ACELEERA LA MUERTE DE SU PADRE GÓMEZ PÉREZ DAS MARIÑAS. LA HERENCIA Y LOS PALACIOS DE GÓMEZ PÉREZ, SU ESTADO ACTUAL. FONSECA II DIVIDE HABILMENTE A LOS BARONES FEUDALES QUE COMIENZAN A LUCHAR ENTRE SI.

ARISÓ
MARCA REGISTRADA

BASCULAS
FUENTE - OPTICAS

IMPRESORAS - ELECTRONICAS
AUTOMATICAS - REGISTRADORAS
DOSIFICADORAS - ENSACADORAS

E. ARISÓ Y Cia., S.A. SANS, 12 - Tel. 2230018 - BARCELONA-14